*Laudatio del Prof. Alonso García con motivo
de la investidura como doctoras “honoris causa”
de la Excm. Sra. Cartabia y de la Excm. Sra. Odio Benito*

15 de junio de 2022

Excmo. Vicerrector de Ordenación Académica, que representa en este acto al Rector Magnífico de la Universidad Complutense de Madrid,

Excm. Presidenta del Consejo de Estado,

Excmas. y Excmos. Consejeras y Consejeros Permanentes de Estado,

Excmas. y Excmos. Magistradas y Magistrados del Tribunal Constitucional y del Tribunal Supremo, y Ministras y Ministros de las Supremas Cortes de Argentina, Brasil y México,

Excmo. Ministro de la Corte Interamericana de Derechos Humanos, Excm. Jueza del Tribunal Europeo de Derechos Humanos, y Excmos. Exjueces del Tribunal General de la Unión Europea,

Excm. Embajadora de Costa Rica y Excmos. Embajadores de Italia y México,

Excmas. Presidenta y Vicepresidentas eméritas del Tribunal Constitucional, y Excmo. Presidente emérito del Tribunal Constitucional,

Excmas. y Excmos. e Ilmas. e Ilmos. Vicerrectoras y Vicerrectores, Decanas y Decanos, y miembros del equipo decanal de la Facultad de Derecho de la Universidad Complutense de Madrid,

Ilmos. Sres. Decanos y autoridades académicas de las Universidades de Barcelona, Nacional Autónoma de México y Sao Paulo,

Queridos y queridas profesores y profesoras, alumnos y alumnas, amigos y amigas,

Queridos todos:

Excelentísimas Doctorandas.

Y digo bien, excelentísimas Doctorandas, porque hoy estamos aquí para solemnizar el acuerdo del Consejo de Gobierno de la UCM, de 22 de febrero de 2022, elevando a los altares de los *honoris causa* complutenses, por vez primera, no ya a una, sino a dos mujeres juristas, excelentísimas no sólo coloquialmente hablando, sino también por razones protocolarias, vinculadas al más alto rango político y judicial, que han llegado a ostentar (y que aún ostenta, en el presente, Marta Cartabia) a lo largo de una más que fructífera vida profesional que hoy bendecimos, también al más alto nivel, académico, en este viejo caserón de San Bernardo.

Adelanto, pues, que de la misma manera que este acto de investidura simboliza, como su propio nombre indica, un honor para las recipiendarias, también representa, como todo *honoris causa* que realmente se precie serlo, un verdadero lujo para esta universidad receptora, habida cuenta de la excelencia incorporada a su claustro.

Otro dato importante a resaltar es que seamos nosotros, precisamente la Complutense, quienes honramos y nos sentimos honrados con estas dos investiduras, que representan los más altos valores a ambos lados del Atlántico, unidos por ese imaginario puente dorado entre Europa y América que es nuestro país en general, y nuestra Universidad en particular.

En efecto, por lo que se refiere a Europa, nuestro ingreso en 1986 en las entonces Comunidades Europeas, hoy Unión Europea, sirvió de palanca para invertir el tradicional asilamiento de España, abriéndonos las puertas hacia esa “unión cada vez más estrecha entre los pueblos de Europa” que figuraba como objetivo esencial de la aventura integradora iniciada en la década de los cincuenta del siglo pasado, según nos recuerda el Preámbulo del Tratado de Roma de 1957, y nos ratifica en la actualidad, tras la reforma de Lisboa de 2009, el propio articulado del Tratado de la Unión.

En lo que toca a América Latina, España recibe y da trabajo a cientos de miles de emigrantes latinoamericanos. Según la última estadística publicada hace justo un año por el Observatorio Permanente de la Inmigración, el número de extranjeros residentes en España ha alcanzado por vez primera la cifra de casi 6 millones (5.922.196, para ser exactos), de los cuales casi 1/3 proceden de América Central y del Sur. Además, las empresas españolas realizan importantes inversiones en aquellos países, y tanto el Estado como las Comunidades Autónomas colaboran muy activamente con ellos.

En el terreno estrictamente académico, la condición “bisagra”, euro/latinoamericana, de la Universidad Complutense, tiene su máxima expresión, por lo que a América respecta, en la Unión Iberoamericana de Universidades creada en junio de 2016. Dicha Unión, integrada por la propia Complutense y las Universidades de Barcelona, Buenos Aires, Nacional Autónoma de México y Sao Paulo, constituye la mayor alianza transatlántica jamás creada entre centros de educación superior pública (las universidades implicadas tienen un gran potencial - casi un millón de alumnos y unos 100.000 profesores - y una gran capacidad de influencia tanto en su región como en sus respectivos países), con voz propia para intervenir en foros y espacios que cubren todas las áreas del conocimiento, y para proyectarse sobre la sociedad a través del fortalecimiento de vínculos con el mundo empresarial e institucional al más alto nivel.

También hay que resaltar, por otro lado, la labor que la Escuela Complutense Latinoamericana viene desarrollando desde 2006, año de su creación. La Escuela nació para estrechar los vínculos que interrelacionan a la Complutense con el resto de instituciones académicas universitarias de América Latina, hermanadas ya en muchos casos mediante convenios de colaboración. Surge así la Escuela como un punto de encuentro entre España y Latinoamérica, en el que docentes y estudiantes de diferentes universidades pueden, al menos durante dos semanas, compartir sus conocimientos y

enriquecerse con el intercambio de experiencias, habiéndose convocado hasta el momento 348 cursos desde su creación, repartidos entre Argentina, Bolivia, Brasil, Chile, Colombia, México y Perú, con una participación que ha superado ya los 9.000 alumnos.

Por lo que respecta a Europa, la Universidad Complutense es pionera no solo en la implementación de los planes de estudios del Espacio Europeo de Educación Superior y líder en el envío y recepción de estudiantes Erasmus, sino también en la construcción de la universidad europea del futuro. En efecto, la Complutense se ha incorporado desde su fundación a la nueva alianza UNA EUROPA, junto con La Sorbona, la Universidad Libre de Berlín, la de Bolonia, la Jaguelónica de Cracovia, la de Helsinki, la Católica de Lovaina y la Universidad de Edimburgo. Esta asociación ha introducido los valores de la Unión Europea en la estructura de nuestras universidades, creando un distrito universitario unificado y un espacio reforzado para la libertad de investigación, la movilidad, el diseño y puesta en marcha de las titulaciones que demande la Europa del mañana y, sobre todo, la profundización en los valores de paz, tolerancia y libertad que hace más de 70 años inspiraron la creación de la Unión Europea y que siguen hoy más vivos que nunca en nuestras comunidades académicas.

Junto con ello, desde el próximo curso académico 2022/2023, que inauguraremos el próximo mes de septiembre, todos los estudiantes europeos podrán cursar en la Universidad Complutense el nuevo Bachelor of Arts in European Studies, primera titulación oficial de Grado que oferta una universidad española específicamente dedicada a estudios europeos y acreditada a través del nuevo procedimiento comunitario. Doble éxito, pues, para la Complutense y para las universidades que integran UNA EUROPA, que viene a profundizar aún más en la implicación de esta Universidad en la construcción europea, la vanguardia educativa e investigadora, la movilidad de estudiantado y del profesorado, la generación de talento joven para diseñar la Europa del futuro y, en fin, la formación de los líderes europeos del mañana.

* * *

Entrando ya en faena, comenzaré con la *laudatio* dedicada a Marta Cartabia, dejando para después, por cuestiones de veteranía, la de Elizabeth Odio.

Marta Cartabia se licenció en Derecho por la Universidad de Estudios de Milán en 1987, con un Tesis de Laurea, codirigida por dos eminencias como Fausto Pocar, uno de los mayores especialistas en Derecho Comunitario de la época, y Valerio Onida, Presidente Emérito del Tribunal Constitucional, fallecido hace apenas un mes, ambos Profesores de la también Universidad de Milán, de Derecho Internacional Público el primero, y de Derecho Constitucional el segundo. Esta precisión acerca del área de conocimiento de sus codirectores no resulta baladí, habida cuenta de que en Italia, como sucedió y todavía sucede en España, no suele ser coincidir la visión política y jurídica de la integración europea según se aborde su análisis desde la óptica del Derecho Internacional Público o del Derecho Constitucional (o Administrativo). Probablemente esta confluencia de pareceres terminaría por influir en la formación de Marta Cartabia con pleno

conocimiento de causa. De hecho, su trabajo, titulado en términos interrogantes (“¿Existe una Constitución Europea?”), marcaría el rumbo de su carrera académica, volcada en el estudio del Derecho Comunitario, hoy de la Unión, desde una perspectiva netamente constitucional.

Unos años más tarde, en 1993, obtendría el título de Doctora en Derecho por el Instituto Universitario de Florencia, centro de élite en la investigación sobre la integración europea. Lo hizo también de la mano de otro experto jurista en Derecho europeo, el belga Bruno de Witte, hoy ilustre Profesor de la Universidad de Maastricht.

A partir de ese momento, y hasta su designación como Jueza de la Corte Constitucional en el año 2011, ejercería primero como Profesora Asociada de Derecho Constitucional en su Universidad de origen (hasta 1999), y como Catedrática de Derecho Público, después, en las Universidades de Verona y de Milán-Bicocca. Durante ese período, compaginaría su docencia e investigación en Italia con Conferencias y Seminarios en importantes centros extranjeros, entre los que cabría destacar las Universidades norteamericanas de Notre Dame, Michigan, Yale y Nueva York, y las francesas de Aix-en Provançe, Tours y Toulon. Fue también experta asesora de la Agencia de Derechos Fundamentales de la Unión Europea, así como miembro del Senado del Instituto de Derecho Europeo y de la Comisión de Venecia, copresidiendo en la actualidad de la International Society of Public Law y ejerciendo, tras obtener una Cátedra de Derecho Constitucional en la Universidad Milán-Bocconi, como Ministra de Justicia de la República.

El ensayista polaco Kapuscinski, Premio Príncipe de Asturias de Comunicación y Humanidades en el año 2003, advirtió, con ocasión de su honoris causa por la Universidad Ramón Llul, dos años más tarde, lo siguiente: “A lo largo de la historia, el hombre ha podido escoger entre la guerra, aislarse tras una muralla o establecer un diálogo. El hombre siempre ha vacilado ante estas tres opciones y, dependiendo de su cultura y de la época que le ha tocado vivir, escoge una u otra”.

Pues bien, tan aguda y sucinta descripción de la condición humana general, resulta extrapolable, creo, al específico contexto judicial que estamos viviendo desde hace unos años en la Unión Europea, y que Marta Cartabia tuvo que experimentar, sin duda, a lo largo de casi una década en calidad de Jueza de la Corte Constitucional, que llegaría a presidir convirtiéndose en la primera y hasta el momento único mujer en haberlo hecho.

En efecto, dotada de fuerza jurídica vinculante, como ya señalé, la Carta de los Derechos Fundamentales de la Unión Europea con la reforma de Lisboa en diciembre de 2009, dicho instrumento, llamado a visibilizar los derechos y libertades de los ciudadanos de la Unión que hasta ese momento había que localizar entre los volúmenes de la jurisprudencia emanada por el Tribunal de Justicia durante medio siglo de funcionamiento, se constituyó, sin embargo, en fuente significativa de tensión con los Tribunales Constitucionales de muchos Estados miembros. El discurso de tono marcadamente imperativo de Luxemburgo, rayando en ocasiones la arrogancia y arrinconando a los catálogos nacionales de protección de los derechos fundamentales y a sus supremos intérpretes (esto es, los Tribunales Constitucionales y/o Supremos de los Estados miembros), unido

a otras intervenciones tuyas cuanto menos al límite de las competencias atribuidas por los Tratados, llegó a situar a esos supremos intérpretes nacionales ante la tesitura de entablar la guerra con Luxemburgo, aislarse tras la muralla del ordenamiento jurídico interno o entablar un diálogo con los jueces europeos.

La primera fue la actitud seguida por el Tribunal Constitucional checo y el Tribunal Supremo danés, a la que se sumaría años más, palabras mayores, el Tribunal Constitucional Federal alemán, generando un ambiente de guerra judicial sin precedentes en la Unión, que se recrudecería con la incorporación al bando rebelde de los más Altos Tribunales de Rumanía y Polonia.

La segunda actitud, consistente en resguardarse bajo un discurso técnico inspirado en parámetros jurídicos nacionales, eludiendo los embates integradores bendecidos por el Tribunal de Justicia, fue la que, de manera en mi opinión comedida, adoptó nuestro Tribunal Constitucional.

La tercera actitud, en fin, de diálogo al más alto nivel judicial entre el escalón nacional y el europeo, fue la adoptada, de forma valiente y constructiva, por la Corte Constitucional italiana.

En efecto, de una manera sabia y decidida, en la que, los que llevamos mucho tiempo dedicándonos al estudio del Derecho de la Unión, intuimos una influencia decisiva de Marta Cartabia, la Corte Constitucional italiana supo dar con la clave para encauzar el *modus operandi* en la construcción de un espacio común, europeo, de derechos y libertades del individuo, respetuoso con las tradiciones constitucionales de los Estados miembros que están en el origen mismo de la integración, pues no en vano, como recuerda el artículo 2 del Tratado de la Unión, ésta “se fundamenta en los valores de respeto de la dignidad humana, libertad, democracia, igualdad, Estado de Derecho y respeto de los derechos humanos”, valores todos ellos, continúa el referido precepto, “comunes a los Estados miembros en una sociedad caracterizada por el pluralismo, la no discriminación, la tolerancia, la justicia, la solidaridad y la igualdad entre hombres y mujeres”.

Ojalá el ejemplo italiano, deudor del saber hacer y el saber estar de Marta Cartabia, cunda en el resto de Altas Jurisdicciones nacionales y en el propio Tribunal de Justicia, marcando un nuevo rumbo en el desarrollo de una integración inexorablemente vinculada a la imprescindible cooperación leal entre jueces nacionales y europeos.

Queridísima Marta, al margen de lo que el futuro te depare, pues somos concedores de cómo tu nombre sonó hace apenas unos meses vinculado a la Presidencia del Gobierno, e incluso de la propia República, esperamos que este doctorado *honoris causa*, que hoy te otorgamos con orgullo, te sirva de acicate para continuar tu camino hacia el conocimiento, iluminando, como tú misma considerabas en el *honoris causa* que te fue conferido, hace poco más de un año, por la ilustre Escuela de Santa Ana de Pisa, esa gran travesía dotada de un puerto donde culminarla; puerto que, sin embargo, nunca es definitivo.

* * *

Si ya el currículum de Marta Cartabia impresiona en el ámbito europeo, resulta francamente difícil encontrar un currículum en el panorama internacional, siquiera similar, al de Elizabeth Odio Benito, particularmente meritorio por cuanto nuestra nueva egregia Doctora pertenece a una generación en la que las mujeres, castigadas por una cultura anclada en la discriminación por razón de sexo, tuvieron que vencer muchos obstáculos para despuntar en el ámbito profesional. Expresado con sus propias palabras: “En aquella época el mundo en general, y el mundo del derecho en particular, estaban hechos por y para los hombres. Las mujeres estábamos excluidas”. Pues bien, Elizabeth no sólo superó esos obstáculos, sino que lo hizo, académicamente hablando, con matrícula de honor, ejerciendo a lo largo de su vida como abogada y como juez, como política y como consultora y relatora de Naciones Unidas, como docente e investigadora, y como gestora universitaria.

Licenciada en Derecho por la Universidad de Costa Rica, cuyo claustro de Profesores integra con orgullo en la actualidad en condición de Emérita, compaginó su Cátedra (fue la primera mujer en ocupar un cargo docente en la Facultad de Derecho) con el Vicerrectorado de Ordenación Académica hasta dar el salto al Gobierno de la Nación, primero como Ministra de Justicia (entre 1990 y 1995), después como Ministra de Ambiente y Energía y, al tiempo, Vicepresidenta Segunda de la República, entre 1998 y 2002.

Será en el terreno judicial, no obstante, donde Elizabeth Odio llegará a inscribir su nombre con letras de oro, destacando sobremanera. Y lo hará, además, en tribunales que, vinculados con la defensa de los derechos humanos, ocupan un lugar particularmente relevante en el panorama internacional.

En efecto, pocos hombres, y menos aún mujeres, pueden presumir de haber ostentado la Vicepresidencia del Tribunal Penal Internacional ad hoc para la Antigua Yugoslavia, la Vicepresidencia de la Corte Penal Internacional, y la Presidencia de la Corte Interamericana de Derechos Humanos, cargo este último que ostentó hasta hace apenas unos meses, concretamente hasta el pasado diciembre, fecha en la que concluyó su mandato como jueza supranacional.

En su paso por las tres Cortes, Elizabeth Odio supo empatizar con las víctimas de las más graves violaciones de los derechos humanos, enfrentándose con gran entereza a los perpetradores de las mismas.

En los anales del Derecho Penal Internacional ha quedado grabado para siempre su contundente voto particular emitido en relación con la primera sentencia dictada por la Corte Penal Internacional, el 14 de marzo de 2012, condenando a Thomas Lubanga, un líder rebelde en la República Democrática del Congo. En el asunto se discutió, entre otras cuestiones, el concepto de “participación activa en las hostilidades” como elemento objetivo del tipo penal consistente en reclutar o alistar a niños menores de quince años en las fuerzas armadas nacionales –o grupos armados– o utilizarlos para participar activamente en las hostilidades. Y en una fuerte opinión disidente y separada, la jueza Elizabeth Odio criticó la posición adoptada por la mayoría, por no considerar como una

participación activa en las hostilidades el hecho de haber forzado a realizar actos sexuales a menores de edad.

Como ha expresado Ricardo Pérez Manrique, actual Presidente de la Corte Interamericana de Derechos Humanos, “sin esta jurista costarricense, la discriminación y la violencia sexual contra las niñas y mujeres en el marco de los conflictos armados no habría sido objeto de preocupación por parte de la justicia internacional, y el derecho se habría convertido en una herramienta inútil para hacer frente a la cruda realidad con la que aún tienen que lidiar millones de mujeres alrededor del mundo”.

Con carácter más general, puede decirse que a Elizabeth Odio deben mucho las mujeres de todas las latitudes de la Tierra, porque la suya ha sido una lucha por derribar muros, una labor constante por despertar conciencias, un tenaz esfuerzo por explorar nuevos espacios, una firme convicción, en fin, por releer normas en la búsqueda de nuevos enfoques, hasta el punto de poder afirmar que estamos ante una pionera de la metodología de la perspectiva de género en la interpretación jurídica.

Es más, allí donde ha desempeñado sus funciones, Elizabeth Odio ha defendido con encomiable obstinación la necesidad de corregir la subrepresentación de las mujeres, particularmente en las instancias judiciales internacionales. Dicho con sus propias palabras: “La paridad de género en todas las instancias de toma de decisiones, incluida la jurisdiccional, es una cuestión de derechos humanos, de democracia y de desarrollo sostenible y, como tal, es una tarea que requiere nuestra atención urgente. Ha llegado la hora de las mujeres”.

Pues bien, del dicho al hecho, en el caso de semejante reflexión, no hubo mucho trecho.

Como suele suceder con las terquedades cargadas de razón y manejadas con inteligencia, su admirable empeño acabó finalmente dando sus frutos: cuando Elizabeth llegó a la sede de la Corte Interamericana de Derechos Humanos para incorporarse como Jueza en el año 2016, le esperaban en la Casona del Barrio josefino de Los Yoyes seis caballeros, lúcidos y atentos, pero caballeros en todo caso.

Abandonada la Casona 5 años después, este diciembre último, en condición de Presidenta Emérita (la segunda en la historia de la institución), la Corte presenta en estos momentos, tras la última renovación, una composición absolutamente inédita, por cuanto casi paritaria: cuatro hombres y tres mujeres.

Querida Elizabeth, como tú misma nos has llegado a confesar en unas reflexiones sobre los antes de tu vida, “crecer junto al mar te dio una infancia de horizontes sin límites. No había montañas que encerraran la imaginación de una niña que creía en mundos submarinos poblados de tesoros. Y que había leído mucho sobre países lejanos a donde se podía viajar para ver lo que había al otro lado del mar”. “El destino que te habían reservado los astros, te llevó más tarde a vivir entre montañas”. “Y allí descubriste”, y sigo haciendo eco de tus propias palabras, “cómo pese a todo, también en la Meseta Central se podía soltar la imaginación en tardes lluviosas a la salida del Colegio. Era cuestión de ver

en los charcos de las calles josefinas pequeños estuarios donde flotarían barquitos de papel”.

Como bien pudiste experimentar en tus años de madurez, querida Elizabeth, los astros te acabarían finalmente marcando un desafío aún mayor, pues, en efecto, llegarías a comprobar de cerca cómo no todo lo que relucía, allende los mares y las montañas donde creciste, era oro.

Pero a los horrores de la guerra y a las violaciones sistemáticas de los derechos humanos, incluso en tiempos de paz, has sabido, apoyada en esos sueños y esa imaginación de la infancia remota que siguen acompañándote cuanto te paras junto al mar en Puntarenas, enfrentarte con entereza y valentía, honrando y reparando en lo posible a las víctimas, y dignificando así a la sociedad creyente en la verdadera democracia y la auténtica justicia.

Esperamos que este doctorado honoris causa, que hoy te otorgamos con orgullo, te sirva de acicate para seguir impartiendo, si no ya justicia formal, sí al menos ciencia y sapiencia en las aulas de las universidades de todo el mundo, que es, como nos confesabas esta mañana en el Salón de Grados de la Facultad de Derecho, la parte de tu camino más jubilosa, la más lúcida, la más entrañable.

* * *

Concluyo ya, dando mi más sincera y afectuosa enhorabuena a las dos nuevas y brillantísimas Doctoras Honoris Causa por la Universidad Complutense de Madrid.

Muchas gracias.